

Luis F. Leloir en el recuerdo

Por Enrique Belocopitow

Para LA NACION - Buenos Aires, 1990

ERA una mañana clara y agradable de la primavera de 1970. Al entrar en el Instituto de Investigaciones Bioquímicas de la Fundación Campomar, en Obligado y Monroe, recuerdo noté un ambiente raro; en el laboratorio del Dr. Leloir, próximo a la entrada, dos investigadores charlaban sonrientes con él. Eran horas de trabajo; a mi pregunta ¿Qué pasa?, uno de los investigadores contestó: "Por radio anunciaron esta mañana que el 'Dire' ganó el Premio Nobel de Química". Pegué un salto y lo abracé enloquecido de contento. Para los entonces jóvenes discípulos, Leloir era afectuosamente el "Dire".

A la media hora el Instituto se convirtió en un pandemium, centenares de periodistas lo invadieron en busca de información. Al rato llegaron el embajador sueco con la información oficial del premio y el ministro de Bienestar Social, Francisco Manrique, que en nombre del gobierno argentino ofreció su apoyo para lo que precisáramos.

Así la marea se fue sucediendo durante ese día y los siguientes. Comparando esos días y la época que siguió, Leloir, añorante, recordaba los primeros años del Instituto: "Todo nuestro tiempo lo dedicábamos a la investigación. No había conferencias ni juntas ni fuerzas que nos apartaran del laboratorio; no éramos miembros de ninguna comisión, nadie nos consultaba ni nos conocía".

Recuerdo mi primer contacto con el Dr. Leloir a fines de 1958 con motivo de mi deseo de iniciarme en la investigación. Previamente le había pedido al doctor Naum Mittelman -profesor mío en la vieja Facultad de Ciencias de la calle Perú 222- una carta de recomendación para Leloir, con quien él había trabajado durante los primeros tiempos de la Fundación Campomar. Debo haber expresado mi interés con tal calor que el mismo Mittelman me sugirió que, conociéndolo a Leloir, era preferible que, en lugar de carta de recomendación, lo viera directamente y le refiriera lo que le había explicado a él. Seguí el consejo de Mittelman.

Al entrar en el Instituto de Leloir y preguntar por él, me indicaron vagamente que estaba en la cocina, lugar que luego supe servía para la limpieza de los materiales usados en el laboratorio. Allí encontré a alguien que supe, por su guardapolvo gris y porque estaba desarmando una canilla, personal de maestranza. A mi pregunta: ¿No sabría decirme dónde puedo encontrar al doctor Leloir?, el interrogado, dándose vuelta, contestó con una leve sonrisa: Soy yo.

Esa imagen no coincidía con el estereotipo del investigador científico, de guardapolvo blanco impeca-

ble, en un laboratorio brillante y sofisticado y observando serio a través de algún poderoso microscopio. Todo allí era por demás austero, casi diría basto y monacal. Tratándolo después más asiduamente, conocí que en él se daba una buena síntesis de trabajador manual e intelectual. Era una época en la que muchos aparatos, drogas, accesorios y "services" lo hacían los mismos investigadores.

Mittelman tuvo razón, ya que con motivo de esta entrevista y sin carta de recomendación, decidió que comenzara ocupando el lugar del laboratorio que un investigador norteamericano, el doctor Burton Pogell, iba a dejar vacante.

Es probable que en algún momento, en Buenos Aires, se le dé el nombre de Luis F. Leloir a alguna calle, y es probable que alguna estatua del mismo Leloir forme parte de algún paseo porteño, y es probable también que, cuando algunas de estas circunstancias se hagan realidad, algún funcionario recuerde públicamente algo que no es nada común en países en desarrollo: la Argentina produjo tres premios Nobel de ciencias, contra cuatro de Japón, que tiene casi cuatro veces nuestra población, y dos de España, nuestra madre patria.

De cualquier forma, la solemnidad de los discursos no va a coincidir con su espíritu, su forma de ser y de actuar. Fue para los que vivimos con él muchas horas diarias, muchos días, durante muchas semanas, meses y años en el Instituto de Investigaciones Bioquímicas-Fundación Campomar, el constante desmitificador. El mismo escribió "... realizados los estudios y aprobados los exámenes correspondientes para graduarme de médico en la Universidad de Buenos Aires (1932), trabajé en el Hospital de Clínicas durante aproximadamente dos años. Nunca estuve satisfecho con lo que hacía por los pacientes. Volviendo la mirada sobre aquellos tiempos, me doy cuenta de cuán profundamente ha cambiado la medicina desde entonces. El tratamiento médico en esos días sólo era un poco mejor que el ejemplificado en el cuento francés en el cual el doctor ordenaba: "Hoy vamos a sangrar a todos los que se encuentran del lado izquierdo de la sala y vamos a dar purgante a todos los que se encuentran del lado derecho".

"Cuando yo practicaba medicina, se podía hacer muy poco por los pacientes, a excepción de la cirugía, la digital y otros pocos remedios activos. Los antibióticos, drogas psicoactivas y agentes terapéuticos que hoy se usan eran desconocidos. No era extraño por lo tanto que, en 1932, un joven médico como yo tratara de unir esfuerzos con todos



Leloir

aquellos que querían adelantar el conocimiento médico. El laboratorio de investigaciones más activo en la ciudad era el Instituto de Fisiología de la Facultad de Medicina, dirigido por el Dr. Bernardo Houssay". Fue así como Leloir se convirtió en discípulo de Houssay.

Como buen investigador y buceador de "verdades establecidas" por otros y aun por las amadas por él mismo, siempre tenía la duda a flor de piel. Así, en una corta autobiografía escrita para la *Annual Review of Biochemistry* y que tituló "Allá lejos y hace tiempo", pone el signo de interrogación sobre su propia elección como investigador científico. En ella escribe: "He tomado prestado el título de este ensayo de un libro encantador de Guillermo H. Hudson que describe la vida silvestre del campo en las cercanías de Buenos Aires. Hudson describe el mismo escenario y los mismos animales -flamencos, armadillos, caranchos, vizcachas, etcétera- que yo vi en mi infancia. Parece ser que ambos estábamos interesados en la vida animal y en entender la naturaleza, pero mientras yo me convenía de que el conocimiento cientí-

fico y la tecnología serían buenos para la humanidad. Hudson tenía algunas dudas y las expresó de la siguiente manera: "Ah sí, todos nosotros estamos buscando la felicidad por el camino equivocado. Estuvo con nosotros una vez y fue nuestra, pero la despreciamos por que era sólo la común y antigua felicidad que la naturaleza da a todos sus hijos y nos alejamos de ella en busca de otra clase de felicidad, más grande, que algún soñador -Bacon u otros- nos aseguró que encontraríamos. Teníamos que conquistar solamente la naturaleza, pero ¡cuán cansados y tristes nos volvemos! La antigua felicidad de vivir y la alegría del corazón se han desvanecido".

Quizás este dejo melancólico estuvo siempre en Leloir paliado por otro tanto de jovialidad y espíritu bromista, que muy a menudo esgrimía contra sí mismo. Así, escribiendo sobre el trabajo hecho con Juan M. Muñoz sobre el metabolismo del etanol, lo nombra como "nuestra aventura alcohólica". Respecto del brillante trabajo que hizo con Juan Carlos Fasciolo, Eduardo Braun Menéndez y Juan M. Muñoz

referido a los factores que intervienen en la presión arterial, escribió: "Mi incursión en la investigación de la hipertensión duró solo un año aproximadamente, pero fue uno de los más productivos de mi carrera. Dos factores importantes del éxito fueron la atmósfera simpática y la calidad personal de mis compañeros de equipo. Todos eran muy inteligentes y diligentes. Nos divertíamos mucho con nuestro trabajo". "Después de experimentos exitosos, yo solía decir: 'Vean, nada puede resistir la investigación sistemática'. Pero después de experimentos fracasados, me veía cansado y deprimido y Fasciolo se burlaba de mí diciendo: 'Ves, nada puede resistir la investigación sistemática'. Sin embargo, trabajábamos duro".

Respecto a Enrico Cabib, uno de los primeros becarios de la Fundación Campomar y hoy jefe de Laboratorio en los Institutos de la Salud de los Estados Unidos, comentó Leloir: "Tenía buen sentido del humor y era un arduo trabajador". Y en un sentido general escribió: "Algunos de los períodos más placenteros de mi carrera fueron aquellos en los cuales trabajé con personas inteligentes y entusiastas con sentido del humor".

"La bioquímica y yo nacimos y crecimos casi al mismo tiempo".

"Otro hecho importante (desde mi punto de vista) ocurrió en 1906. Fue mi nacimiento en París. Avenida Víctor Hugo 81, cerca del Arco del Triunfo..."

"No sé cómo ocurrió que seguí mi carrera científica. No era una tradición familiar..." "Supongo que el factor más importante fue recibir un grupo de genes que dieron las habilidades negativas y positivas requeridas. Entre las habilidades negativas podría mencionar que mi oído musical era muy pobre y por lo tanto no podía ser compositor, ni músico. En la mayoría de los deportes era mediocre, por lo tanto esa actividad no me atraía demasiado. Mi falta de habilidad para la oratoria me cerró las puertas de la política y el derecho. Creo que no podía ser un buen médico, porque nunca estaba seguro del diagnóstico o del tratamiento. Estas condiciones negativas estaban acompañadas presumiblemente de otras no tanto, gran curiosidad por entender los fenómenos naturales, capacidad de trabajo normal y subnormal, una inteligencia corriente y una excelente capacidad para trabajar en equipo. Lo más importante fue la oportunidad de pasar mis días en el laboratorio y efectuar muchos experimentos. La mayoría fracasaron, pero algunos tuvieron éxito debido sólo a la buena suerte o al hecho de haber cometido el error adecuado".

Respecto de su espíritu bromista: "Alentado por la repercusión del

Premio Nobel, me atreví a solicitar una audiencia al presidente, el general Alejandro Lanusse, con la idea de obtener apoyo para la construcción de un edificio más adecuado para nuestro trabajo de investigación. Tres días después encuentro sobre mi mesa la contestación en sobre de la Presidencia, accediendo a mi pedido de entrevista. La sonrisa con que Lanusse me felicitó por el "éxito inicial de mi gestión" me hizo asomar una sombra de duda; así, antes de ir a la audiencia, traté de confirmarla telefónicamente. La respuesta de Ceremonial de la Presidencia decía poco mas o menos: "Dado el cúmulo de obligaciones asumidas por el Sr. Presidente, todavía no se puede acceder a su pedido de audiencia". Seguramente alguna correspondencia recibida por Leloir de la Presidencia lo tentó a usar el sobre para la broma. Afortunadamente, entre 1978 y 1983, el apoyo público permitió construir el edificio adecuado para las tareas de investigación.

El camino recorrido hasta el premio Nobel, en 1970, tiene un hito importante. EL 7 de noviembre de 1947 el joven investigador Luis F. Leloir inaugura el Instituto de Investigaciones Bioquímicas-Fundación Campomar en una vieja y pequeña casa de cuatro ambientes en Julián Alvarez 1917, Buenos Aires, con un breve discurso en el que, refiriéndose al Instituto, comenta: "... comienza sus actividades en un local pequeño y provisional, pero esperamos que sean grandes su labor y su futuro". La provisionalidad de esta sede continuó doce años más. En ese modesto lugar hizo una parte sustancial de los trabajos que dieron motivo al Premio Nobel.

Los problemas circulatorios que finalmente llevaron a Leloir a su muerte databan de muchos años atrás, pero nunca cesaron su interés y su actividad en la investigación, ella como medio de conocimiento de la naturaleza y no como fuente de poder. Siempre trató de evitar las obligaciones que subyacen en el poder y los honores que lo alejaban del trabajo de investigación, que era lo que lo apasionaba.

Muchas veces, sobre todo durante el primer año luego de su muerte, cuando algún problema vinculado con el trabajo me tenía a mal traer, po un momento surgía la idea de ir a comentárselo a su laboratorio, pero súbitamente golpeaba la realidad, ya su sillón estaba vacío.

Nos dejó las enseñanzas para saber pensar y trabajar en ciencia y ello lo hizo con el ejemplo.

Sus discípulos cubren buena parte de la geografía de la Patria y trabajan en países de tres continentes.